

MARIA ANTONIA

ALBUM

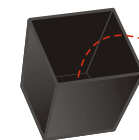
Ahora soy un personaje de la telenovela de los que están del otro lado. Ton

Ton ya no vive en esta Isla, pero le persigue la maldita circunstancia del agua (Virgilio, bien lo dijiste). Mi amiga ahora vive en Puerto Rico, saltó de una isla a otra como si tomara un vuelo interplanetario, quizás mañana termine dando otro salto sobre cualquier punto, macizo, continental, pero sospecho que seguirá con esos mareos que sentimos los que somos en sí mismos una isla. Esa que no comprendemos, que rehuimos, que buscamos, nostálgicos, aún en la distancia o en la cercanía. Esa Isla estrujada, adolorida, que no se compara con las pulcras calles de Toronto, con los vistosos cafés de Chicago, ni siquiera, pese a la semejanza, con el casco histórico del viejo San Juan, pero que se robó nuestra juventud, el malecón de nuestros deseos y tantas otras cosas que no podremos guardar en una maleta. Debe ser por eso que todos vuelven, al menos desde la memoria.

HABANA No. 3. María Antonia Cabrera Arus. (Ton)

¿Habana?, le pregunto al chofer del lada-taxi con la ilusión de que llegue al final –para ellos el comienzo– del recorrido habitual, el Capitolio a donde todos los caminos conducen, el inicio y el fin de Centro Habana y de la Habana Vieja, centralidad y vejez hartos evidentes y que por eso sobran: Habana seca y a secas a donde todos los caminos conducen menos los de los lada-taxis –pequeña burguesía del transporte de alquiler–, que terminan en una Habana Libre que sí pronuncia celosa su apellido, nombre que la distingue, adjetivo de alcurnia, de dólar, de aire acondicionado y de turistas, del Vedado que se cotiza en el mercado mundial. ¿Habana?, le pregunto esperando un milagro, y desaparezco para el ahora molesto chofer del lada-taxi, que acelera y desaparece para mí.

¡Habana!, grita detrás el chofer del carroamericano mientras se detiene a unos metros de mí, y su voz se distorsiona alargando las aes con el calor de la tarde y el ruido del motor de petróleo, y me monto, todavía pensando en si tuviera la suerte de ir en un lada-taxi. ¡Habana!, vuelve a gritar al pasar por la parada de la guagua, y su voz suena diferente desde adentro, y sube un hombre y se sienta y somos uno este hombre y los señores que están a mi otro lado, un gran cuerpo que suda y tiene cuatro cabezas y dieciséis extremidades casi inmovilizadas, un cuerpo que ha tomado la forma del asiento del carroamericano y que repite sus mismas sacudidas. Un cuerpo que se derrite en el camino a la Habana, al Capitolio, al mismísimo ombligo de esta horizontal isla, al kilómetro cero que marca un gran diamante ausente.



La Caja de la china

3